

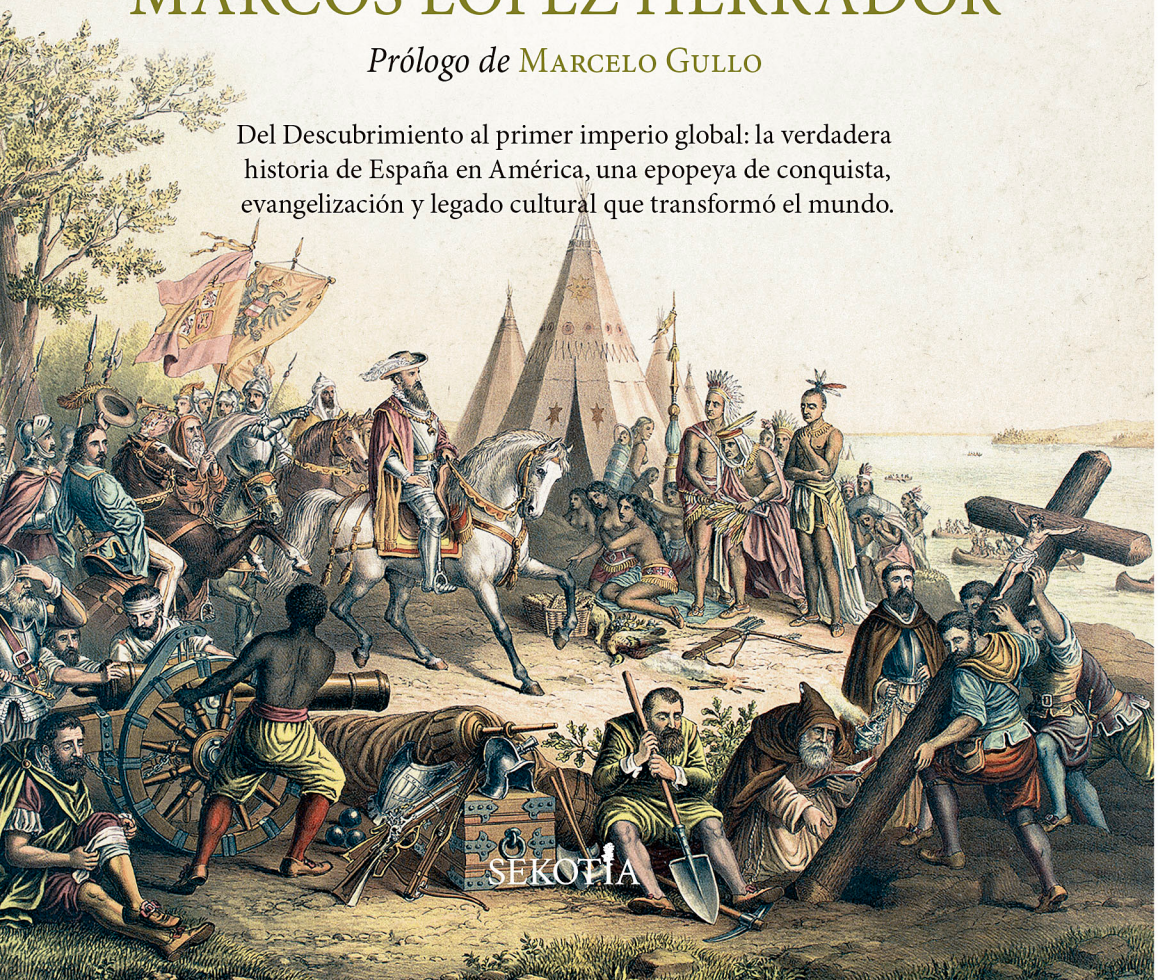
LA PRIMERA POTENCIA GLOBAL DE OCCIDENTE

LA FORJA DEL IMPERIO ESPAÑOL

MARCOS LÓPEZ HERRADOR

Prólogo de MARCELO GULLO

Del Descubrimiento al primer imperio global: la verdadera historia de España en América, una epopeya de conquista, evangelización y legado cultural que transformó el mundo.



MARCOS LÓPEZ HERRADOR

La forja del Imperio español

*La primera potencia
global de Occidente*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© MARCOS LÓPEZ HERRADOR, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: abril de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: Javier Díaz Martínez

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 979-13-87812-00-3

Depósito legal: CO-1102-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A Lola, mi esposa.

Índice

PRÓLOGO.....	11
I. LA FUERZA DEL DESTINO.....	19
1. EL PESO DE LA LEYENDA NEGRA	21
2. EL DESCUBRIMIENTO	26
3. LA DIMENSIÓN GEOGRÁFICA DEL DESCUBRIMIENTO.....	29
4. LA DIMENSIÓN DE LA FIGURA DE LA REINA ISABEL	31
5. ESPAÑA A LA ALTURA DE SU DESTINO	37
II. CRISTÓBAL COLÓN.....	45
1. COLÓN.....	45
2. UN NUEVO MUNDO.....	60
3. EL SEGUNDO VIAJE.....	65
4. EL TERCER VIAJE.....	69
5. EL CUARTO VIAJE.....	74
III. AMÉRICA O EL PARAÍSO DEL HORROR.....	77
IV. EXPLORACIÓN,CONQUISTA Y LIBERACIÓN.....	103
1. GRANDES Y PEQUEÑAS ANTILLAS.UN PIE EN TIERRA FIRME.....	105
2. LA CONQUISTA DEL IMPERIO AZTECA.....	136
3. MAGALLANES Y ELCANO. PLUS ULTRA.....	183
4. LA CONQUISTA DEL IMPERIO INCA	195
5. EL DORADO.....	216
6. LA CONQUISTA DE CHILE.....	223
7. CONQUISTA DEL RÍO DE LA PLATA.....	231
8. CONQUISTAS EN EL PACÍFICO	237
9. UNA HAZAÑA ÚNICA EN LA HISTORIA.....	243

V. LA PRIMERA POTENCIA GLOBAL245

VI. LA SECESIÓN DE LOS TERRITORIOS AMERICANOS281

VII. COMPARANDO IMPERIOS301

BIBLIOGRAFÍA323

AGRADECIMIENTOS..... 331

PRÓLOGO

por

MARCELO GULLO OMODEO

Historiador y politólogo.

Autor de *Madre Patria, Nada por lo que pedir perdón*
y *Lo que América le debe a España*.

Cuando Marcos López Herrador me pidió que escribiese el prólogo de este magnífico libro, *La forja del Imperio español. La primera potencia global de Occidente* —que, por cierto, no había leído aún—, le contesté inmediatamente que sí.

Aun cuando no sabía si iba a estar de acuerdo con el 50 %, el 60 % o el 80 % de su contenido, no dudé siquiera un segundo en darle una respuesta positiva. Y es que Marcos López Herrador viene batallando, hace ya años, contra la falsificación de la historia de España que comenzó con la tergiversación de la conquista española de América. Y es contra esa «Leyenda Negra» que, en esta obra que tengo el honor de prologar, arremete brillantemente Marcos López Herrador.

Leyenda Negra que tuvo su origen en Italia —se trataba en ese caso, casi de una cuestión de familia: unos primos celosos de lo que España estaba realizando, y ellos no podían realizar— pero que tomó cuerpo en Alemania y en los Países Bajos para, finalmente, convertirse en una «Política de Estado», en Inglaterra.

Por eso podemos decir que la Leyenda Negra —que no es otra cosa que «la falsa historia de España escrita por los enemigos de España»—, es la obra más «genial» del marketing político británico.

Con la difusión de la Leyenda Negra, Gran Bretaña no solo buscaba desprestigiar a España en el concierto de las naciones y derrotarla políticamente en el plano de la propaganda —porque nunca había podido vencerla militarmente— sino que, además, y quizás principalmente, buscaba destruir la cultura de España, una cultura que había heredado lo mejor de Jerusalén, Atenas y Roma. Gran Bretaña buscaba aquello que le garantizara la aniquilación del «Humanismo Católico Español». Y es que la «Pérfida Albión» sabía bien que, a partir de esa filosofía de la vida, verdaderamente cristiana, profundamente católica, podía nacer un modelo económico alternativo, un modelo que no estuviese basado en el egoísmo que Inglaterra había «santificado» como el saludable motor de la historia y del crecimiento económico. El motor del «crecimiento económico de Inglaterra» y de la alta burguesía inglesa, claro está.

Más adelante en el tiempo serían los Estados Unidos de Norteamérica, quienes tomarían la «posta» en aquello de predicar la Leyenda Negra para convencer, fundamentalmente a su propio pueblo, que España era un monstruo. Es que así, ese pueblo que nunca fue un pueblo imperialista, estaría dispuesto a marchar a la guerra para que Estados Unidos le arrebatara a la Hispanidad, Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Hoy, los llamados «marxistas culturales», exigen que España pida —una y mil veces—, perdón por haber realizado la conquista de América. Esos marxistas culturales, manejan —metafóricamente hablando— un «taxi» cuyo «combustible» lo paga la oligarquía financiera internacional.

Quiero advertirle, además, estimado lector, que aquellos que exigen que España pida «perdón», como los señores Gabriel Boric, Evo Morales, López Obrador o la señora Claudia Sheinbaum, son simples empleados de la oligarquía financiera internacional que se ha transformado en el gran actor de la política internacional como he explicado en mi libro *Relaciones Internacionales: Una teoría crítica desde la periferia sudamericana*. A los hombres de la oligarquía financiera no les interesa el pasado, sino el futuro. Saben que —como sostenía George Orwell en su famosa obra *1984*— quien controla el

pasado, controla el presente y que, quien controla el presente, controla el futuro. No les interesa la verdad histórica, sino la construcción de un «Nuevo Orden Mundial» basado en el egoísmo, como supuesto «saludable» motor de la historia, «condimentado» de utilitarismo, relativismo, hedonismo y multiculturalismo.

Y es que saben que, para la construcción de ese «Nuevo Orden Mundial» que ellos desean y que ya están construyendo —con la excusa de que no existe otra alternativa—, la Hispanidad es un mal precedente y un pésimo ejemplo. Saben que España protagonizó la primera globalización, a partir de valores que ellos detestan. Saben que esa primera globalización, fue exitosa. Para ellos, es bueno solo lo que es útil y es útil, solo lo que hace ganar dinero. Para ellos, ni la belleza ni la bondad, ni la solidaridad ni la amistad, tienen valor alguno. Ellos, son «predicadores seriales» de la Leyenda Negra porque saben que si —desmontando la Leyenda Negra—, los pueblos hispanos redescubriesen La Hispanidad, encontrarían en ella, un modelo histórico alternativo a la globalización deshumanizante y *desnacionalizante* que proponen hoy, los amos del mundo, como única alternativa posible.

Ellos, son «predicadores seriales» de la Leyenda Negra porque tienen que «borrar» de la conciencia de los pueblos que se jalonan desde Tejas y California hasta la Tierra del Fuego y desde los Pirineos a las playas del Pacífico, la idea y el sentimiento de que conforman una nación inconclusa.

Para ellos no existe —ni debe existir—, la nación hispanoamericana, así como tampoco existe —ni debe existir— España y, mucho menos, la Hispanidad.

Para ellos, España es un «mito» y la Hispanidad, una quimera.

Toda esta temática es desarrollada, con precisión y maestría, por López Herrador en este libro que usted tiene en sus manos y que, por ello, se convierte en un valioso instrumento para contrarrestar las calumnias que, durante siglos, se han lanzado contra España.

Quiero destacar también, un enorme acierto de Marcos López Herrador en esta obra: el haber expuesto con claridad meridana el epíteto o eslogan denigratorio que, los enemigos internos de España,

han creado para que los patriotas españoles no puedan escribir una historia objetiva de España. Una historia objetiva que, por la magnitud de los hechos que el pueblo español protagonizó, será siempre una historia épica y heroica. Ese sambenito, que se cuelga a todos aquellos que se atreven a relatar de forma objetiva la gloriosa historia del pueblo español, es el de estar construyendo una «Leyenda Rosa» de la historia de España.

«El epíteto de “leyenda rosa” —afirma Marcos López Herrador— supone un lastre para el escritor que, al no querer que se le aplique, hará cuanto esté en su mano para desterrar de su narración toda muestra de entusiasmo ante las hazañas de nuestros héroes. Se sentirá obligado además a mostrar un extremado celo en asumir cualquier tipo de culpas, de modo que aquel que no odie lo que fuimos parezca forzado a cubrirse el pelo de ceniza y esté obligado a hacerse perdonar antes de escribir una sola palabra... Estoy convencido de que la existencia de esa presión sobre los españoles produce toda una serie de efectos perniciosos, no siendo el menor el de la autocensura y la contención pusilánime, con lo que parece que debemos estar obligados a moderar los juicios que se expresan. El resultado último es que muchos de los hechos que España ha protagonizado no acaban de adquirir su verdadera dimensión, al imponérsenos un absurdo criterio que nos obliga a ser modestos a la hora de proclamar lo que sencillamente fue grandioso».

Para suerte de España, hubo muchos hispanoamericanos que no fueron pusilánimes y reivindicaron la gloriosa conquista española de América. Entre hombres que no tuvieron miedo en defender a España destacan grandes líderes políticos: desde el nicaragüense Augusto César Sandino (1895-1934) hasta el argentino Juan Domingo Perón (1895-1974), pasando por el uruguayo Luis Alberto de Herrera (1873-1959), el argentino Hipólito Yrigoyen (1852-1933), el peruano Víctor Andrés Belaunde (1883-1966) o el puertorriqueño Pedro Albizu Campos (1893-1965).

Todos ellos comprendieron, algunos más temprano, otros más tarde, que hay una historia completamente falsificada de la conquista española de América y que esa falsificación fue la obra más

genial del marketing político británico. Todos ellos sostuvieron que España es nuestra Madre Patria y que Hispanoamérica le debe a España su *Ser*.

Por eso, el general nicaragüense, Augusto César Sandino, de madre india y conocido por luchar, pistola en mano, incansablemente contra la dominación estadounidense de su país afirmó:

«Yo veía antes, hace tiempo, con protesta la obra colonizadora de España; pero hoy la veo con profunda admiración. España nos dio su lengua, su civilización y su sangre. Nosotros más bien nos consideramos como españoles indios de América». Mientras que, el tres veces presidente constitucional de la República Argentina, el general Juan Domingo Perón, de madre india tehuelche, sostuvo:

«Su obra civilizadora cumplida en tierras de América no tiene parangón en la Historia. Es única en el mundo (...) Su empresa tuvo el sino de una auténtica misión... Llegaba para que fuera cumplida y hermosa realidad el mandato póstumo de la reina Isabel de atraer a los pueblos de Indias y convertirlos al servicio de Dios (...) No aspiraban a destruir al indio sino a ganarlo para la fe y dignificarlo como ser humano... Como no podía ocurrir de otra manera, su empresa fue desprestigiada por sus enemigos, y su epopeya objeto de escarnio, pasto de la intriga y blanco de la calumnia, juzgándose con criterio de mercaderes lo que había sido una empresa de héroes. Todas las armas fueron probadas: se recurrió a la mentira, se tergiversó cuanto se había hecho, se tejió en torno suyo una leyenda plagada de infundios y se la propaló a los cuatro vientos... España, nuevo Prometeo, fue así amarrada durante siglos a la roca de la Historia. Pero lo que no se pudo hacer fue silenciar su obra, ni disminuir la magnitud de su empresa que ha quedado como magnífico aporte a la cultura occidental. Allí están, como prueba fehaciente, las cúpulas de las iglesias asomando en las ciudades fundadas por ella; allí sus leyes de Indias, modelo de ecuanimidad, sabiduría y justicia...».

Por su parte, Hipólito Yrigoyen el primer presidente argentino en hacer frente a la Leyenda Negra y decretar el 12 de octubre como feriado nacional sostuvo: «España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático el magnífico valor de sus gue-

rreros, el ardor de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, la labor de sus menestrales, y derramó sus virtudes sobre la inmensa heredad que integra la nación americana».

En este escueto resumen del pensamiento de grandes líderes hispanoamericanos que defendieron fervorosamente la obra de España en América importa destacar la figura del líder independentista portorriqueño Pedro Albizu Campos, de madre mulata descendiente de esclavos africanos, quien afirma:

«Aquel que no es orgulloso de su origen no vale nada nunca, porque empieza a despreciarse a sí mismo. Por eso nosotros veneramos el nombre de España, porque significa la ciencia del Derecho, las ciencias positivas, la ciencia moral y la tradición cristiana de nuestro pueblo».

Por su parte el insigne orador y político peruano Víctor Andrés Belaunde asevera: «Yo sé que materialmente nos divide el Océano, pero que por encima de él existe, indivisible y grande, una sola Patria espiritual: Nuestra madre España».

Para finalizar, estimado lector quiero decirle que, prologar un libro, no es decir que se está de acuerdo en un todo con lo que el autor sostiene. Por eso, me permito disentir con mi amigo Marcos López Herrador en su interpretación sobre lo acontecido en América después de 1810. Disenso que en nada desmerece su obra, pero que, por honestidad intelectual, no puedo dejar de plantear.

No creo que haya que buscar la razón profunda de la dolorosa separación de América de España fuera de España, aunque ese buscar la razón primera dentro de España, sea un acto doloroso.

Claro que la «Pérfida Albión» aprovechó las circunstancias, y claro que hubo hombres que trabajaron para Inglaterra y las logias —en España y en América—, pero dentro de esos hombres no pueden incluirse nombres como el de Manuel Belgrano, el de José Gervasio Artigas y el de José de San Martín como he explicado en mi libro *Madre Patria*.

Distinto es el caso de Francisco de Miranda, Simón Bolívar, Bernardino Rivadavia o Carlos María de Alvear. La brevedad de

un prólogo me impide seguir explayándome al respecto. Quiero, sin embargo, finalizar estas líneas con el pensamiento del mártir de la Hispanidad don Ramiro de Maeztu.

Reflexionando sobre la separación de América de España nos dice don Ramiro de Maeztu, de cuyo patriotismo y amor por España solo un loco podría dudar, lo siguiente:

«Quince años duró aquella guerra de Sucesión, guerra terrible durante la cual pasaron ejércitos franceses e ingleses por toda la península, y al cabo de ellos solo quedaba en pie la corona. Y, sin embargo, durante aquellos quince años en que no hubiéramos podido enviar a América un solo soldado, no hubo en todo el continente americano nadie que se moviera. ¿Por qué? ¿Por qué el continente americano no se movió entonces contra España?, ¿y por qué, si en cambio, se movió cuando España estaba invadida por las tropas de Napoleón? No se movió de 1700 a 1715, en los años de la guerra de Sucesión, porque España era entonces en América una nación misionera... En cambio, se levantó en armas en 1808, porque en el curso del siglo XVII perdimos la conciencia de nuestra misión histórica. Ello aconteció —si me permitís fijaros una fecha— en 1750. Perdimos América, y la perdimos por el tránsito de la monarquía católica a la monarquía territorial, que ocurrió en tiempos de Fernando VI y de Carlos III, y aconteció insensiblemente, porque las cosas, en su forma, parecían que seguían siendo las mismas, pero los reyes dejaron de preocuparse de aquella misión religiosa, providencial..., y empezaron a considerar América como un campo de posible explotación; pusieron la mira, que los Austrias no habían puesto, en obtener de América el mayor rendimiento; echaron a un lado a la aristocracia criolla que precedía de los encomenderos, de los primeros pobladores de América, y dieron preferencia a la peninsular, haciendo que los honores de América recayeran en los peninsulares y no en americanos. El resultado fue que una parte de la aristocracia criolla se agrió por este proceder, y que su descontento culminó en el levantamiento...»

Rosario, Argentina, 6 septiembre de 2024

I

LA FUERZA DEL DESTINO

La afirmación de que la historia de España es única, incomparable e inimitable, pudiera parecer exagerada y dar lugar a que se piense que solo está movida por la pasión de un español por defenderla, pero basta con hacer un somero repaso de ella para darse cuenta de hasta qué punto ha tenido siempre un papel relevante y protagonista, hasta haber construido el mundo tal y como hoy lo conocemos.

Cualquiera que haya escrito sobre la historia de España, habrá podido comprobar que no lo tiene nada fácil, porque desde el principio sabe que, o asume el relato negro legendario, tan propio de la cultura hegemónica dominante, o tendrá que dar mil explicaciones y justificarse sobre lo que escribe.

Hoy en día, la verdad se oculta bajo el peso del relato difundido por la cultura anglosajona en el mundo, para la que todo lo hispano pertenece a una forma inferior de civilización que debe ser borrado de la historia o cuanto menos condenado y olvidado.

Es por esto por lo que se trata de banalizar un hecho tan trascendental para la historia de la humanidad como es el descubrimiento de América, tratando de quitarle todo el mérito posible, haciendo mención a que, en realidad, aquel continente ya estaba descubierto; que el hecho fue fruto de la casualidad o fruto de una época en la

que de todas formas un día u otro tenía que ocurrir; que lo mismo pudo protagonizarlo España, que cualquier otra nación europea; que Cristóbal Colón no era más que un don nadie, un charlatán iluminado; o que Isabel la Católica era una ingenua que se dejó llevar por aquel embaucador. Y, por supuesto, que solo la codicia fue el motor de cuanto sucedió y la crueldad más extrema el instrumento para satisfacerla.

En cualquier caso, siendo esencial en nuestra historia la gran epopeya americana, España forjó un Imperio que fue más allá. La expansión de la corona de Aragón por el Mediterráneo, desde el primer tercio del siglo XIV, y la herencia recibida de los Habsburgo concedieron a nuestro país un papel protagonista en Europa, antes incluso del descubrimiento, siendo, precisamente Italia, el origen de la primera propaganda destinada a denostar cuanto hicimos.

Hay algo que conviene tener claro, y es que el Imperio español no fue uno más de los imperios formados por las potencias europeas, porque fue único. Mientras existió, no hubo ningún otro. Era «El Imperio». Otras naciones europeas tenían dominios en el mundo, pero eran mínimos y no había punto de comparación. El fenómeno de los imperios europeos es algo que pertenece al siglo XIX y no antes. Tuvo que desaparecer el español, en los primeros años de ese siglo, para que surgieran los demás. Repito que mientras existió, el Imperio español fue único. Duró además tres siglos, cosa que no ha ocurrido con ningún otro de los mencionados y fue tiempo suficiente para que el resto de naciones, que querían disputar la primacía a España, y se veían una y otra vez frustradas en su pretensión, cuando no derrotadas en el campo de batalla, rumiaran su rencor generando una propaganda cuyo objetivo no era otro que socavar la situación de privilegio que nuestro país supo alcanzar y sostener.

Naturalmente, nada de lo que aquella propaganda afirmaba tiene que ver con la verdad, y el propósito de la presente obra no es otro que aportar un conjunto de reflexiones que ayuden a superar el piélago de infamias bajo el que nuestros enemigos pretenden enterrar el que, sin duda, ha sido uno de los momentos cumbre y más gloriosos de la historia de la humanidad.

1. EL PESO DE LA LEYENDA NEGRA

Quienes han sabido imponerse tienen verdadera pericia en el manejo del relato y saben cómo menoscabar para excluir aquello que no venga a coincidir con sus dogmas. Una de esas técnicas eficaces, que tan bien saben utilizar, consiste en burlarse de todo lo que no les gusta, y, en relación con la historia de España, han acuñado un término que sirve a ese fin para señalar a quien se permita no seguir los dogmas impuestos por la leyenda negra. Me refiero al calificativo de «leyenda rosa» para toda narración que ose no tratar nuestra historia en términos condenatorios.

De este modo, el historiador negro legendario puede afrontar su labor sin traba alguna, mientras que el que tenga otro punto de vista será inmediatamente tachado de revisionista y tendrá que justificarse, excusarse y negar que lo que escribe pertenezca a la categoría dicha.

Deberá además desplegar un cuidado exquisito para lograr un equilibrio entre los hechos heroicos y grandiosos y los hechos condenables, teniendo estos que aparecer siempre para dejar bien claro que existieron, porque la mera mención del epíteto de «leyenda rosa» supone un lastre para el escritor que, al no querer que se le aplique, hará cuanto esté en su mano para desterrar de su narración toda muestra de entusiasmo ante las hazañas de nuestros héroes. Se sentirá obligado además a mostrar un extremado celo en asumir cualquier tipo de culpas, de modo que aquel que no odie lo que fuimos parezca forzado a cubrirse el pelo de ceniza y esté obligado a hacerse perdonar antes de escribir una sola palabra.

Desde mi punto de vista, una actitud como la que expongo ha de ser rechazada de plano y reivindicado que un español debe disfrutar de la misma libertad que un inglés a la hora de escribir sobre su historia. No creo que a un historiador francés que escriba con entusiasmo sobre el pasado de su nación se le aplique un término equivalente al de «leyenda rosa», o sea criticado por ensalzar la historia del pueblo al que pertenece.

Estoy convencido de que la existencia de esa presión sobre los españoles produce toda una serie de efectos perniciosos, no siendo

el menor el de la autocensura y la contención pusilánime, con lo que parece que debemos estar obligados a moderar los juicios que se expresan. El resultado último es que muchos de los hechos que España ha protagonizado no acaban de adquirir su verdadera dimensión, al imponérsenos un absurdo criterio que nos obliga a ser modestos a la hora de proclamar lo que sencillamente fue grandioso.

Este clima generado en torno a quien pretende expresarse con libertad no tiene otro objetivo y consecuencia que limitarla de forma consciente o inconsciente, para que opere con eficacia el miedo a la cancelación, con lo que la autocensura estará presente, en cualquier caso, evitando que se pueda profundizar en según qué consideraciones históricas.

Como muestra, podemos adelantar algunas reflexiones que considero de interés. La gesta histórica del descubrimiento de América, aun siendo considerada como un hecho capital, no acaba de adquirir la verdadera dimensión que en justicia le corresponde en la historia de la humanidad. El mundo de aquel tiempo se transforma de tal manera que este hito debería ser el que marcara el paso de la Edad Media a la Edad Moderna. Sin embargo, Celarius, cuando en 1685, establece su división histórica, fija ese tránsito en el año 1453 y lo vincula a la caída de Constantinopla, poniendo de manifiesto hasta qué punto había calado ya a finales del siglo XVII en el inconsciente de Europa una hispanofobia inclinada a considerar como banal y poco digno de consideración todo lo relacionado con España. Tuvieron que pasar cien años para que el historiador Johann Christoph Gatterer considerara que era el descubrimiento de América el hecho que merecía ser tenido en cuenta para separar ambas edades, pero el mal ya estaba hecho y el año que suele asumirse a efectos académicos es el de 1453.

La caída de Constantinopla tuvo una importancia fundamental como la causa que dio origen a lo que se llamó la Era de los Descubrimientos. Aquel hecho significó la pérdida de la principal vía de comercio terrestre en el suministro de especias, lo que impulsó a Portugal a buscar una ruta marítima alternativa para, bordeando África, llegar a las Molucas y restablecer dicho comer-

cio, con el consiguiente beneficio económico. La expedición de Colón estaba guiada por el mismo propósito, pero tratando de encontrar una ruta directa navegando hacia Occidente. La caída de Constantinopla, como digo, estuvo en el origen de todo esto, pero no transformó por sí misma el mundo, y lo que sí lo hizo fue el descubrimiento de América.

La misma consideración de que la Era de los Descubrimientos comienza en 1453, ningunea el papel de España y tergiversa la propia realidad histórica. Es verdad que Portugal comienza a buscar una nueva ruta y aporta un mayor conocimiento sobre la costa de África, pero, ni descubre este continente, ni lo que descubre transforma el mundo. Por otro lado, parece que, si ya se está en la Era de los Descubrimientos, qué menos que estos se produzcan. Como si se hubiese entrado en una etapa histórica en la que, si no lo hacen unos, lo harán los otros. Lo cierto es que el descubrimiento de América es el que abre el periodo al que me refiero, no al revés, y así debería verse, además de considerarse como un hecho excepcional y por completo extraordinario en toda la historia del género humano.

Cuando se trata de estudiar este periodo histórico, la mayor parte de la bibliografía parece dejar entrever que, en aquel momento, si no lo hubiese hecho España, lo habría hecho cualquier otra nación de Europa, de modo que, si fue la nuestra, resultó más bien fruto de la casualidad, porque el hecho estaba a punto de producirse de todos modos. Y nada más contrario a la verdad.

Ni el descubrimiento fue fruto de la casualidad, ni resulta casual que la gesta, no solo del descubrimiento, sino la de construir la cultura occidental en el nuevo continente, fuese llevada a cabo por una de las potencias más fuertes, si no la que más, y más avanzadas de la época, de entre las europeas.

Cuando España haya desaparecido, los españoles sean un mero recuerdo en los libros de Historia y el español sea un idioma olvidado en una América en la que sus habitantes utilicen el inglés o el chino como idioma común, la humanidad habrá asumido con admiración y orgullo, como un logro que la engrandece, el descubrimiento, la conquista, exploración y evangelización de América por los españo-

les. Se enseñará en escuelas y universidades de todo el mundo, como un ejemplo de la forma en que el ser humano ha sido capaz de contribuir al avance de la civilización y la cultura en un determinado momento histórico, transformando el mundo de su época, hasta el punto de convertirlo en otro, a base de esfuerzo, sacrificio, generosidad, valentía, constancia, heroísmo, pundonor y fe.

Habrà desaparecido entonces el objeto de tanto odio acumulado por motivos que nada tienen que ver con la verdad y que mantienen secuestrada la auténtica historia de cuanto ocurrió, por razones ideológicas, religiosas, económicas o de intereses políticos. Podrá entonces asumirse con imparcialidad el estudio de esta inmensa gesta, como quizá la más grande que el ser humano ha sido capaz de realizar.

Que una potencia dominante tenga grandes enemigos y reciba ataques de todos aquellos que no son sus aliados entra dentro del orden lógico de las cosas y ha ocurrido siempre a lo largo de la historia. Pero lo que se presenta como algo singular que apenas puede entenderse es que sean los propios españoles los que han asumido las peores mentiras y las más aberrantes críticas como verdades que hacen propias. No creo que exista un ejemplo de un pueblo en el mundo que haya actuado nunca de tan absurda manera. Sin embargo, y lamentablemente, esto puede explicarse como resultado de circunstancias históricas, que en España se han dado de forma también muy singular.

El descubrimiento de América es la mayor hazaña llevada a cabo por la humanidad a lo largo de su historia, porque cambió el mundo súbitamente a la vez que le dio a conocer lo que verdaderamente era y cómo era. Cambió el mundo conocido hasta entonces y cambió lo descubierto, de tal modo que no solo se conoció a sí mismo por primera vez, sino que ese conocimiento lo transformó de forma radical y nunca volvió a ser lo que hasta entonces había sido. Cambió por completo el destino de todos y cada uno de los países protagonistas de la historia y del conjunto que entre todos formaban. Esos países dejaron de buscar su lugar en los distintos ámbitos regionales, para tratar de hallar su sitio en el nuevo orbe conocido. Cambiaron

los horizontes, las perspectivas, las ambiciones, las posibilidades de prosperar y de avanzar en todas las facetas que hacen que las civilizaciones progresen, se desarrollen y transformen la realidad existente. Ciencia, técnicas, tecnologías y artesanía, economía, comercio, industria, finanzas, agricultura, ganadería, conocimiento, investigación, pensamiento, ideología, cultura, religión, alimentación, costumbres, organización social y política, todo avanzó prodigiosamente. Nada que tuviera que ver con el conocimiento o las habilidades del ser humano dejó de desarrollarse para construir un nuevo mundo, provocando la mayor y más revolucionaria transformación jamás conocida hasta aquel momento. Cambió tanto el ritmo histórico, como los ciclos temporales, acelerándose el progreso a una velocidad inaudita y por completo desconocida hasta entonces, para alumbrar el mundo en el que vivimos.

Naturalmente, la nación que fue capaz de provocar aquello, por orden lógico de las cosas, estuvo destinada a convertirse en la más poderosa de cuantas habían existido y en la primera potencia mundial. Y, por supuesto, como toda potencia mundial, tendría que enfrentarse a multitud de enemigos, con mucho poder en algunos casos. Cualquier adversario tratará siempre por lógica de perjudicar a su contrario, porque lo que pretende es vencerle y para ello, será necesario hacerle perder su fuerza. Nunca reconocerá mérito alguno en lo que hace o haga. Si se trata de una gran gesta, buscará degradarla argumentando sobre las intenciones o los medios empleados para llevarla a cabo, utilizando verdades a medias o directamente mentiras, según convenga. Resulta obvio que intentará silenciar siempre lo bueno y pondrá tan de relieve como pueda los errores, fallos y maldades del adversario.

Los negro legendarios, con esa habilidad que la progresía pone de manifiesto cada vez que le conviene, creando palabras que denigren el valor de cualquier idea que no coincida con las suyas, aplican el nombre de «leyenda rosa» a todo lo que sea contradecir las mentiras y falacias creadas en torno a la leyenda negra. En la aproximación a la historia de cualquier país occidental lo que se juzgan son los hechos, pero cuando se trata de la historia de España parece impres-

cindible aplicar siempre un juicio moral, naturalmente de condena, porque, si no, será el historiador quien quedará descalificado.

A un escritor que escriba sobre la historia de España no se le debería exigir otra cosa que la verdad. Que nadie dude de que los españoles cometieron errores y cayeron en no pocas iniquidades, pero no es menos cierto que también fueron los primeros en denunciar esos hechos con ánimo de poner remedio, cosa que no ocurrió con otros países que han forjado imperios y que han tratado de ocultar toda la culpa de sus consumados crímenes. Además, estos asuntos, cuando a ellos afecta, los han manejado siempre bajo un manto de contumaz hipocresía y pretendiendo darnos las lecciones que no se aplican a sí mismos.

2. EL DESCUBRIMIENTO

El propio hecho del descubrimiento ha tratado de banalizarse, sosteniendo que no fue Castilla la que descubrió América, puesto que existen indicios de que anteriormente otros habían estado allí. Al parecer, los vikingos, que se establecieron en Groenlandia en los siglos X y XI, exploraron la costa atlántica norte, fundando un asentamiento en Terranova en el 1021, que se identifica con la Vinlandia descrita en las sagas nórdicas. Este asentamiento fue abandonado diez años después de su fundación. Otros indicios hallados, pueden hacernos suponer que hubo intercambios comerciales de objetos de bronce, obsidiana y metales, en algún tiempo remoto, entre pobladores de Siberia y los de Alaska, a través del estrecho de Bering. También es posible que navegantes malayopolinesios arribaran en algún momento a las costas occidentales del continente o de la América del Sur. Y, por aparentar que se podía ir con facilidad, con fundamentos meramente especulativos, se ha llegado a sostener que es posible que antes que Colón, hubiesen arribado chinos, japoneses, indios, fenicios, egipcios, romanos, celtas, judíos o árabes. Sorprende que todos ellos y por separado decidieran mantenerlo en secreto.

En cualquier caso, sea cierto o no, si tal cosa ocurrió, debe resultarnos de todo punto irrelevante, porque lo cierto es que descubre quien encuentra algo y comparte el conocimiento de lo que halla con los demás, de modo que lo descubierto actúa como una realidad en el mundo. En este sentido, los vikingos no descubrieron América, porque de ser cierto que estuvieron allí, ni ellos mismos se enteraron de donde estaban. No son ellos los que descubren, somos nosotros los que hemos descubierto que resulta bastante probable que estuviesen allí, sin que aquello aprovechara en absoluto ni supusiera un conocimiento de lo presuntamente encontrado para nadie.

Otra forma de banalizar el hecho consiste en dar a entender, que América estaba a punto de descubrirse de una u otra forma, a finales del siglo XV, tal y como ocurrió. No es verdad que el descubrimiento estuviera a punto de producirse de todas maneras o que tal hazaña podría haber sido realizada por cualquiera. La verdad es que nadie en aquella época, al menos en Europa, estaba en condiciones de hacerlo, porque o no tenía interés, o no disponía de los recursos necesarios, o estaba centrado en otros objetivos prioritarios. Francia, tras el fin de la guerra de los Cien Años, durante el reinado de Luis XI, vivió enfrentada al Ducado de Borgoña, que logró anexionar salvo en la parte de los Países Bajos. Carlos VIII, su sucesor, tras casarse en 1491 con la heredera del Ducado de Bretaña absorbió este en su reino y acto seguido se lanzó sobre Italia en una alocada carrera para anexionarse Nápoles, reino del que se consideraba heredero. Inglaterra, en aquel momento, un actor de escasa relevancia entre las potencias europeas, estaba absorbida por sus problemas internos. Tras la derrota en la guerra de los Cien Años, los miembros de la familia real se enzarzaron en disputas dinásticas que dieron lugar a la guerra de las Dos Rosas, que duró hasta 1487. Los disturbios continuaron hasta que los Tudor se hicieron con el poder y Enrique VII logró controlar la situación. No estaba Inglaterra para proyectos como el que Colón planteaba, si bien es cierto que, una vez conocido el descubrimiento, al rey inglés le faltó tiempo para enviar dos expediciones, navegando hacia el Oeste, al mando de Juan Caboto que en 1497 exploró lo que hoy conocemos como

Terranova, Nueva Escocia y Nueva Inglaterra, aunque sin que el Nuevo Mundo despertase en la isla mayor interés por el momento. Portugal era entonces la única potencia marítima volcada en la exploración, tratando de encontrar una ruta a las islas de las especias circunnavegando África. Había descubierto Madeira en 1425, las Azores en 1431 y, entre 1430 y 1490, había enviado una docena de expediciones marítimas hacia el oeste sin obtener ningún logro. De hecho, Cristóbal Colón llega a España, tras vivir en Portugal entre 1474 y 1485, y ver rechazado su proyecto. El resto de Europa no se encontraba siquiera en disposición de prestar la más mínima atención a asuntos como este. Alemania e Italia se hallaban completamente fragmentadas en pequeños estados que mantenían un conflicto permanente. Polonia se ocupaba de amedrentar a los estados que la rodeaban y que posteriormente acabarían con su existencia. Rusia no participaba de la política del continente. Tampoco lo hacía Escandinavia, trastornada por la Unión de Calmar que se disolvería en 1523. Por su parte, los húngaros se debatían entre someterse a los polacos o a Austria. Para rematar este poco favorable panorama, cabe decir que España, o dicho de otro modo Castilla y Aragón, se encontraban empeñados en terminar la Reconquista, situados en Santa Fe y comprometidos en la toma de Granada, último reino islámico de España, y tampoco estaban en condiciones de interesarse por ese, ni por ningún otro proyecto.

Así que resulta un hecho cierto que nadie en Europa estaba en condiciones de emprender la empresa del descubrimiento. Quizá la única potencia en el mundo que podría haberlo realizado era China. Entre 1405 y 1423, Zheng He, un eunuco musulmán, al servicio de la dinastía Ming, creó una gran escuela de navegación oceánica y construyó para el emperador una de las mayores flotas que el mundo ha conocido, ya que llegó a tener más de setecientos juncos y treinta mil tripulantes. Con esta flota realizó no menos de siete expediciones por el Pacífico Sur, océano Índico, golfo pérsico y costas de África, con la misión de cartografiar las costas, y abrir el Imperio chino a otras realidades culturales, promocionando el comercio y fomentando los avances científicos. Pero el emperador, en 1424, tras la sép-

tima expedición y presionado por los miembros de la corte, decidió suspenderlas, ya que costaban a las arcas imperiales más de lo que llegaron a aportar. Quizá sea esta la razón por la que América hoy no sea una prolongación de China y su cultura, aunque también debe considerarse que todas sus exploraciones y viajes se realizaron hacia el sur, camino totalmente contraindicado para llegar a las costas de América, como bien supieron más tarde los españoles, que fueron incapaces de retornar desde Filipinas hasta que Miguel López de Legazpi, acompañado del gran navegante Gabriel de Urdaneta, encontró la ruta conocida como «el tornaviaje», navegando hacia el norte y que no fue fácil de hallar, toda vez que se encontró allá por el año 1565, cuarenta años después de la hazaña de Magallanes.

3. LA DIMENSIÓN GEOGRÁFICA DEL DESCUBRIMIENTO

Con todo, es finalmente España la que asume el desafío y, no por casualidad, es precisamente este pueblo, con una historia única e incomparable con la de cualquier otro, quien protagonizará un hecho tan excepcional como el descubrimiento de un continente tan grande, que se extiende desde el Polo Norte al Polo Sur, suponiendo una masa de tierra de casi cuarenta y tres millones de kilómetros cuadrados, de los ciento treinta y seis millones que suma el total de superficie terrestre que emerge de los mares. Dicho de otra forma, la superficie conocida era de noventa y tres millones de kilómetros cuadrados y el descubrimiento aporta una parte equivalente a la mitad de lo conocido hasta la fecha. Es más, los descubrimientos de los españoles aportan al mundo una superficie, tanto continental como marítima que abarcan desde el meridiano 28 oeste en las Canarias hasta el meridiano 128 este en las Molucas; es decir, 204 grados, de los 360 en los que se divide la tierra, lo que significa un 57 % del planeta. Pero es que, con frecuencia, ante la inmensidad de lo aportado, solemos olvidar que es España la que descubre una masa continental como Australia y la propia Antártida. Nadie ha logrado

ni ya logrará algo semejante. En términos cuantitativos, los datos no pueden resultar más espectaculares, ni puede disminuirse la importancia de los hallazgos.

En seis mil generaciones del hombre sobre la Tierra, este había llegado a conocer el 43 % de la misma, y eso con matices, porque África se conoce que está, pero se encuentra inexplorada en su interior, como tantas partes del planeta. Pues bien, una pequeña península, en el extremo occidental del Mediterráneo, en una sola generación, en lo que va de 1492 a 1521 aporta al mundo y para Occidente el territorio dicho. En la realidad de quienes habían vivido en la Tierra desde el inicio de los tiempos, no se encontraba ni el continente descubierto, cuya superficie, como ya se ha mencionado, no es que resultase relevante, es que suponía una masa continental que va desde el Polo Norte al Polo Sur, y tampoco estaban en esa realidad el océano Atlántico, o el océano Pacífico. Todo eso es aportado al mundo por España. Pero son más las contribuciones que en este sentido nuestra nación hace al mundo. Tanto uno como otro océano han sido masas de agua que han separado de forma insuperable a los continentes. A partir del descubrimiento, pasan a ser los mares que los unen precisamente el camino por el que comunicarse y entrar en contacto.

Y, por si fuera poco, contribuye con la demostración práctica de que la tierra es una esfera, aportando no solo el concepto, sino la realidad práctica como un hecho efectivo y transformador, al operar en la vida de los seres humanos y cambiarla. Si nos paramos a meditar un momento, podremos darnos cuenta de que efectivamente, la tierra siempre ha sido redonda, pero tal verdad no ha actuado como realidad a tener en cuenta hasta el descubrimiento. De hecho, nuestros antepasados vivieron y actuaron como si la Tierra fuese plana. Si nos la imaginamos así, debemos pensar en un inmenso disco flotando en el espacio, una especie de moneda gigantesca en la que la tierra conocida se situaría en su superficie. De esta forma, para ir desde Lisboa a Shanghái solo existirían dos caminos para llegar, o bien a través de Eurasia y China por tierra, o circunnavegando África y la India por mar. A la inversa, el camino de vuelta sería el mismo. Pensemos en la Ruta de la Seda. Esta es exactamente la rea-

lidad que vivían las gentes de la época para los que una Tierra esférica no actuaba como tal, aunque lo fuese.

Nadie, por más que lo intente, podrá ocultar la dimensión de un hecho como el del descubrimiento, jamás logrado con anterioridad ni podrá volver a darse, circunstancia que lo convierte en único e irrepetible.

4. LA DIMENSIÓN DE LA FIGURA DE LA REINA ISABEL

Precisamente, el hecho de que España perdiera con el fin de su Imperio la hegemonía mundial, en favor de una nueva potencia protestante como Inglaterra, ha llevado a que no se conceda a la reina Isabel la Católica la dimensión de primera figura universal que merece. Contemplamos la historia desde nuestra óptica y con ojos contemporáneos, cuando estudiamos un determinado periodo histórico, porque conocemos lo que ha pasado después, y esto no nos permite ser totalmente objetivos con aquello que estamos analizando. Tenemos conocimiento de la grandeza de Roma y de la hegemonía de Occidente, a través de su dominio mundial, desde el descubrimiento de América, el desarrollo de los imperios coloniales a lo largo del siglo XIX y prácticamente hasta nuestros días. Deducimos entonces, sin pensarlo dos veces, que la grandeza de Occidente es un hecho mantenido sin alteración en los casi últimos tres mil años. Pero esa posición no se corresponde con la realidad, porque, desde la caída del Imperio romano occidental, transcurren mil años en que la cultura grecorromana prácticamente ha desaparecido en esa parte de lo que fue. De los territorios que antes pertenecieron a Roma, todo el norte de África está sometido desde el siglo VII a una nueva y potente cultura como es el Islam, e incluso la península balcánica se encuentra en manos de los otomanos, hasta el punto de que Constantinopla cae definitivamente en su poder en el año 1453. La propia España es recuperada a duras penas y el último reducto, el reino de Granada, es reconquistado

en el mismo año en el que se descubre América. Por otro lado, del ámbito territorial de lo que en aquel momento podemos entender como Occidente, todos los países al este y norte de los ríos Rin y Danubio, jamás formaron parte del Imperio romano, y sí pertenecían a lo que en el siglo XV se denominaba como Cristiandad. Así que, de Occidente, como tierras directamente herederas de la cultura grecorromana solo quedaban Italia, Francia, Inglaterra y la península ibérica, cuando lo cierto es que el Imperio romano había abarcado toda la cuenca mediterránea. No podía decirse entonces que la cultura occidental se encontrara ni en su momento más brillante, ni en su mayor punto de expansión.



Doña Ysabel I, la Católica. Las glorias nacionales, 1852. [Fondo Antiguo de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla]

Durante mil años, el concepto de Occidente tiene más un contenido geográfico que cultural o, al menos, en el sentido que posteriormente se le dará a nuestra cultura, y, desde el punto de vista territorial, constreñido a las por comparación escasas zonas localizadas en el occidente de Europa, semi bárbaras, analfabetas y míseras, situadas en la más remota periferia del mundo, y sometidas a continuas guerras, como la de los Cien años, cuando el cristianismo apenas jugaba el papel de custodio de aquella cultura grecorromana, que no volverá a aflorar hasta el Renacimiento.

En aquel mundo y momento, los territorios europeos a los que me refiero son irrelevantes. Están, como ya ha quedado dicho, en la periferia, a la defensiva frente al Islam y en poco pueden influir ante dos potencias como China y el Imperio otomano, que son las verdaderamente hegemónicas en la época, cada una en su ámbito de influencia.

Pues bien, es Isabel la Católica la que, asumiendo el riesgo de hacer suyo el proyecto de Cristóbal Colón, da al mundo el continente americano, y con la decisión de evangelizar, de extender el cristianismo entre los habitantes de ese nuevo mundo, inicia la construcción universal de lo que hoy conocemos como Occidente, al que está incorporado también un océano como el Pacífico. Otras naciones seguirán la estela y aprovecharán las nuevas oportunidades que nacen de aquella transformación, pero es la reina Isabel quien las alumbra.

Pocas cosas tenía a su favor la que sería la reina más grande de la historia cuando vino al mundo en Madrigal de las Altas Torres, en el año 1451. Hija de Juan II de Castilla y de su segunda esposa Isabel de Portugal, tenía los ojos claros y el color rubio rojizo del pelo, propio de su abuela paterna, Catalina de Lancaster. No estaba destinada a reinar, pues los derechos sucesorios recaían sobre su hermanastro Enrique, príncipe de Asturias, habido en el anterior matrimonio del rey con María de Aragón, que, si bien estaba casado con Blanca de Navarra, carecía de descendencia. Dos años más tarde nacería Alfonso, otro infante varón que la alejaba aún más de la posibilidad de alcanzar el trono. Y, por si fuera poco, su hermanastro, siendo ya

Enrique IV, tuvo, a principios de 1462, una hija que sería conocida como Juana la Beltraneja.

En 1464, un grupo de influyentes nobles tacharon de ilegítima a Juana y defendieron los derechos sucesorios del príncipe Alfonso. Enrique IV se avino a negociar y reconoció a su hermano como heredero. En 1468, Alfonso murió e Isabel se negó a ser proclamada reina mientras su hermano Enrique viviera, pero consiguió de este el nombramiento de princesa de Asturias, que la situaba sin lugar a dudas como heredera del trono.

Isabel se casó el 19 de octubre de 1469, con el príncipe Fernando de Aragón con quien, por ser primo segundo, no podía contraer matrimonio sin una bula papal, que fue falsificada para la ocasión, no obteniéndose la debida dispensa hasta 1472.

Al morir Enrique IV, el 13 de diciembre de 1474, Isabel es proclamada en Segovia reina de Castilla. Estalló entonces la guerra entre sus partidarios y los de la Beltraneja que habría de durar cuatro años.



Cristóbal Colón en la corte real de España.
[VBrožík, 1884. Library of Congress]

Obtenida la victoria sometió a la dóscola y poderosa nobleza, pacificando definitivamente el reino y, acto seguido, se planteó el reto de terminar la Reconquista, tomando al fin el Reino moro de Granada.

Esta mujer de indomable carácter y profunda fe cristiana es la que lidera la gran gesta del Descubrimiento, que, acostumbrada como estaba a asumir los desafíos más imposibles, se lleva a cabo gracias a su voluntad personal, que sabe imponer contra todo y contra todos.

Es de esa indomable voluntad, educación cristiana y carácter de la que va a depender la verdadera naturaleza de lo que será el Imperio español. Porque, en primer lugar, el proyecto se emprende contra la opinión expresada por los mejores sabios de la época que concluyen, con toda razón, que la empresa resulta imposible, al estar los cálculos de Colón sobre las reales dimensiones de la tierra equivocados. Si todo no se frustra, es por un acto de fe de la reina en el gran navegante, que comparte con ella un secreto, con el que definitivamente gana su voluntad. En segundo lugar, no lo olvidemos, la aventura se emprende como un empeño con fines comerciales. Lo que se busca es adquirir riquezas con el tráfico de especias a través de la nueva ruta, que se intenta descubrir navegando hacia Occidente. En este punto conviene aclarar que no es la codicia lo que mueve el ánimo de la reina, dado que ella quiere obtener esos recursos para ponerlos al servicio de Dios, y lo que pretende al conseguirlos es su empleo en recuperar los Santos Lugares para la cristiandad.

Cuando lo que se encuentra es un nuevo mundo, habitado por pueblos desconocidos, mientras que los descubridores no renuncian al compromiso de lograr enriquecimiento en aquellas tierras, bien sea trayendo metales preciosos o indios para venderlos como esclavos, Isabel interpreta que se le acaba de asignar una misión divina, que no es otra que la de convertir a esas nuevas gentes al cristianismo y salvar así sus almas para Dios, pues hijos suyos son también. Se niega a tomarlos como esclavos y pasa inmediatamente a considerarlos súbditos de la corona a los que hay que evangelizar a la mayor gloria de Dios y para ampliar su reino en la tierra.

Esto va a determinar sustancialmente, como ya he mencionado, la naturaleza del nuevo imperio, pues en lugar de construirse un dominio colonial, lo que se forjará es una potencia generadora e integradora, una ampliación del territorio de la propia España, que se construye y replica, tal como es, en el nuevo mundo descubierto, incluyendo a sus habitantes en términos de igualdad.

Es un planteamiento radicalmente distinto a la construcción de los imperios realizada por las naciones de fe protestante. Ellos se sienten en posesión de la verdad y, por tanto, superiores, especialmente en relación con los indígenas. Se consideran los elegidos para fundar el nuevo reino de Dios en las tierras descubiertas, que piensan le son concedidas. Según sus convicciones, su salvación se fundamenta en la fe y no en las obras, con lo que importa poco lo que se peque o lo que se haga, porque es la fe lo que los salvará. Además, creen estar predestinados según voluntad divina y que solamente un número determinado de entre ellos serán los que se salven. Con ese esquema de pensamiento, los indígenas no entran en la construcción del nuevo reino, es decir, no caben en esas tierras que han ocupado desde siempre, pero que ya no son suyas, porque han sido concedidas a los nuevos colonos. Y, desde luego, lo que no tiene sentido es convertir a salvajes, para que acaben por disputarles los limitados puestos de salvación en los que creen. Los indígenas no solo quedan excluidos, sino que de ahí a decir que «no hay mejor indio que el indio muerto», habrá un solo paso.

La diferencia entre esta concepción de imperio y la de Isabel la Católica no puede resultar más evidente, ni más incompatibles la una con la otra.

Occidente, tal y como lo conocemos hoy, se crea en el mundo mediante la expansión territorial del cristianismo a partir del descubrimiento de América. Es una contribución de las tres modalidades que existen, el católico, el protestante y el ortodoxo. Primero, con la exploración y conquista de España del nuevo continente y el océano Pacífico se expande el cristianismo católico, siendo Portugal quien protagoniza el proceso para Brasil. En este sentido, Francia aportará su contribución en Canadá. Más adelante, ocurre con la

expansión del protestantismo anglosajón y holandés. Y, finalmente, Rusia, en 1546 habrá ocupado la Siberia occidental, en 1620 la central, en 1650 la oriental, y llegará al Pacífico en 1671, con lo que el cristianismo ortodoxo abarcará hasta Vladivostok.

Nada de esto habría ocurrido así sin el protagonismo de Isabel la Católica que es causa y origen de que la cultura occidental, arrinconada en la periferia del mundo conocido, reducida a pocos países y postrada por las continuas guerras medievales, encuentre el cauce para resurgir, extenderse por el mundo, que ya es nuevo, y alcanzar la hegemonía mundial de la que disfruta desde hace quinientos años.

Con toda justicia, y, si el mundo anglosajón, que hoy mantiene su hegemonía cultural, no sostuviese el sesgo antihispano que tanto le caracteriza, podría proclamarse, sin duda alguna, que es Isabel la Católica la reina que tenía que ser reconocida como madre de Occidente, porque lo es.

5. ESPAÑA A LA ALTURA DE SU DESTINO

La afirmación de que la historia de España es única, incomparable e inimitable puede parecer una mera manifestación de entusiasmo patriótico, pero un repaso imparcial de los acontecimientos contemplados no hacen otra cosa que convertir lo dicho en la opinión más cabal que de esta cuestión pueda emitirse.

La primera circunstancia que resulta destacable es el lugar geográfico que España ocupa y la propia forma de su territorio. Situada en el extremo occidental del Mediterráneo, separa a este del Atlántico y es puente entre África y Europa. Su forma peninsular la hace estar rodeada de agua salvo por los Pirineos, que más que unirla a Europa, constituyen una barrera natural, que le da cierto carácter de isla sin serlo. El territorio así delimitado ha hecho que ya desde la antigüedad sea percibido como una unidad que le aporta una identidad bien definida. Apiano de Alejandría, en el siglo II de nuestra era, en su obra *Historia Romana*, en el libro VI dedicado a